

te, que parece ser el pensamiento principal del ensayo, y acaso sea necesaria una comprobación más detenida del propósito, que ello nada quitará al mérito de este libro que tiene la más fecunda jugosidad exprimida en la historia y alquitarada en los siglos. Carrión publicó su libro cuando Quito cumplía cuatro siglos de fundada por los españoles.—ISAAC J. BARRERA.



LA ÚLTIMA NIEBLA, por *María Luisa Bombal*.—Francisco A. Colombo, Buenos Aires, 1935.

Las posibilidades de realización que tiene el libro en sí, son infinitas. Muchos escritores de novelas nacionales, no comprenderán nunca esta verdad elemental de la literatura, sin embargo. Hacer un libro es crear una temperatura determinada a fin de que las cosas adquieran una gravedad o fluidez especial, un lugar y un sentido, propios. Es más, no se escribe sino para esto.

Hacemos esta digresión pensando en la racha de libros chilenos, más o menos parecidos, hechos sobre la vida campesina, que viene a interrumpir la novela «La Última Niebla» de María Luisa Bombal, recientemente aparecida en Buenos Aires.

Y es que el secreto de la calidad de esta novela, escrita en forma de diario íntimo, reside en que ha sido realizada al margen de la literatura convencional. Puede ser esto un simple artificio, pero, cómo defiere en seguida su texto de la avalancha de bibliografía nacional, y sobre todo femenina, que nos inunda últimamente.

Con una receta de cocina no se puede confeccionar una novela. Es verdad. En cambio, con las cosas o los sueños más simples se puede sostener en el aire un libro ingrávido, gracioso, a veces profundo en que el amor y algunos hechos de la vida

común intervienen para conducirnos a un lugar en el cual nos es grato permanecer.

Tal es el ambiente de esta novela. Se entra en ella sin esfuerzo alguno como en algo conocido que nos es familiar. Es una casa de campo, sí, es una vieja casa de campo, al atardecer de unas bodas, hace frío, el otoño rodea la casa con sus humos errantes en la hora del crepúsculo. En este momento un hombre y una mujer han traspuesto el umbral y ordenan encender las luces. La mujer que así entra en el libro es quien nos habla en seguida, en voz baja, íntima, sobre un aspecto de su vida que empieza a desarrollarse ante nosotros como en los sueños, de una manera simple, turbadora, a veces dichosa, a veces confusa.

¿Cuál es el argumento de los sucesos? Es sólo una mujer joven y bella cuya vida busca realizarse, encontrar su sentido en una hora de plenitud, de amor profundo.

Sin duda es un hermoso comienzo para una novela, disponer las cosas de este modo. Pero no reside ahí el secreto de su atrayente realidad. El lector empieza a encantarse en el equilibrio transparente de sus partes, descansa más bien en lo que no hay de tontería y ñoñez, goza en las interlíneas del libro. Esto es lo primero que salta a la vista, aunque sea lo menos importante de todo. Porque es más importante, sin duda, la graciosa naturalidad con que la autora pone los hechos a nuestro alcance, sin fatigar nunca la atención del que lee; de la impresión de estar oyendo a un ser de movimientos exactos,—extraordinariamente dotado—que acciona con ademanes perfectos, sobre mil cosas que llegamos a penetrar, en esta virtud, rápidamente, sin fatiga alguna de nuestra parte.

Nunca hemos visto en un libro chileno una gracia más vital, una literatura más cristalina que la que se puede leer en algunas páginas de este libro de María Luisa Bombal.

Y luego hay algo de truco tan limpio en su escritura,—no es otra cosa el arte literario—de sabiduría en estas pocas líneas

por ejemplo: «El vendaval de la noche anterior había removido las tejas de la vieja casa de campo. Cuando llegamos, la lluvia goteaba en todos los cuartos.

—Los techos no están preparados para un invierno semejante—dijeron los criados al introducirnos en la sala, y como fijaran sobre mí una mirada de extrañeza, Daniel explicó rápidamente:

—Mi prima y yo, nos casamos esta mañana.

Tuve dos segundos de perplejidad.

—«Por muy poca importancia que se haya dado a nuestro repentino enlace, Daniel debió haber advertido a su gente»—pensé, mirándolo escandalizada. La expresión de su rostro paralizó una frase en mi garganta. A la verdad, desde que el coche franqueó los límites de la hacienda, se había mostrado nervioso, casi agresivo. Y era natural. Hacía apenas un año, efectuaba aquel mismo trayecto con su primera mujer, aquella muchacha huraña y flaca a quien adoraba y que moría, tan inesperadamente, tres meses después.

Quien así nos entera de pronto, apenas en tan escasas líneas, de estas mil cosas que acabamos de saber, tan naturalmente, conoce por instinto de raza lo que es el arte de novelar.

Alguna vez conocimos a la autora. Puede ser que algo suyo, un vestigio de su pureza de ademanes, que le es habitual cierta sonrisa apretada y pasional, eso dramático y baladí, que intervienen en el encanto de su persona, nos atraiga especialmente en esta novela. Puede ser. Escribiendo sobre un libro o leyendo libros surgen inesperadas atracciones desde el fondo del caos blanco que hay detrás de la lectura. Pero, si admitimos esta contingencia hasta cierto punto, estamos seguros también que el libro de María Luisa Bombal que comentamos es uno de los más espontáneos, diáfanos, femeninos y agradables de leer que se han hecho nunca en nuestro país.—TOMÁS LAGO.

